

# EL FORO VALENCIANO,

REVISTA DE LEGISLACION Y JURISPRUDENCIA.

Esta Revista se publica los días 1 y 15 de cada mes.

Se suscribe en Valencia en el centro de suscripciones plaza de la Constitucion, y en la imprenta de José Rius, plaza de San Jorge. Fuera, dirigiéndose á la Redaccion del *Foro Valenciano*, calle de Náquera, núm. 2, remitiendo el importe de la suscripcion en sellos de franqueo ó libranzas del giro mútuo. — PRECIO DE SUSCRICION: 3 rs. al mes en Valencia y 8 por bimestre fuera, franco de porte.

**¿Puede declararse de oficio incompetente un Juez del fuero ordinario en negocio propio, de la jurisdiccion ordinaria que egerce?**

La resolucion no es difícil si se consultan los preceptos de la ley y la razon filosófica que entrañan: desde luego nos decidimos á responder con conviccion profunda, que un Juez de primera instancia ante quien se interpone demanda á reclamacion sobre pleito ó negocio cuyo conocimiento pertenece por su índole y naturaleza á la real jurisdiccion ordinaria, no puede declararse incompetente de oficio y sin que préviamente se promueva la cuestion de competencia por inhibitoria ó declinatoria: consignaremos los principales fundamentos de esta opinion.

Jurisdiccion real ordinaria, es la jurisdiccion comun y general que estiende su poder á todas las personas y á todas las causas civiles y criminales, menos á ciertas causas y personas que están sometidas por la ley á jurisdicciones especiales ó privilegiadas.

La jurisdiccion real ordinaria reside en los alcaldes, en los Jueces de paz, en los Jueces de primera instancia de partido, en las Audiencias territoriales y en el Tribunal supremo de justicia.

No á todo Juez ó tribunal en quien reside jurisdiccion real ordinaria, le es permitido conocer de los negocios civiles y causas criminales que á ella pertenecen, pues no basta tener esa jurisdiccion, no basta representarla, es preciso, es indispensable ponerla en egercicio, y para ponerla en egercicio, que concurran las

circunstancias exigidas por el derecho, ó lo que es lo mismo, que el Juez ó el tribunal sean competentes, porque competencia no es otra cosa que la facultad de egercer la jurisdiccion que se tiene en un negocio dado, ó el egercicio legitimo de esa jurisdiccion; de aquí nace la division en jurisdiccion propia y en jurisdiccion prorogada: la egercen propia, los Jueces letrados de primera instancia en el partido ó distrito que les está asignado, sobre todos los negocios ya civiles ó criminales que en dicha instancia ocurran, correspondientes á la real jurisdiccion ordinaria, esceptuándose los que pertenecen á las jurisdicciones eclesiástica, de la real hacienda, militar de guerra y marina, á los juzgados especiales de comercio ó de minería y á otros Tribunales y Jueces privilegiados.

Se llama jurisdiccion prorogada, la que siendo incompetente en un negocio dado por no poderse egercer en él, se hace competente, es decir, se egerce á virtud de la voluntad de los litigantes: leyes 32, Tit. 2.º, P. 3.ª y 7.ª, Título 29, libro 11, Novísima Recopilacion: para que se verifique la prorogacion son requisitos esenciales, que posea jurisdiccion legitima aquel á quien se proroga y que intervenga el consentimiento de las partes: y hay necesidad de que sea legitima y ordinaria la jurisdiccion de aquel en quien se proroga, porque no puede prorogarse lo que no existe. «Quod non est non potest prorogare.» Dice Gregorio Lopez glosando la ley 7.ª, tomo 7, P. 3.ª, ratificándose este principio en el párrafo 4.º, art. 4.º de la ley de procedimientos civiles.



Es dado, pues, á un particular alargar, entender mas allá de sus límites la jurisdicción ó autoridad de que por la ley se halla investido un Juez, un tribunal, pero no le es permitido revestirlo de una jurisdicción, de un poder que aquella no le concede; mas claro, la prorogación cabe dentro de la jurisdicción que se ejerce y dentro de la clase y esfera de la misma jurisdicción: por ejemplo, el particular vecino de la ciudad de Valencia y sujeto á la real jurisdicción ordinaria de su Juez natural de primera instancia competente por razon del domicilio, por la causa de la controversia, ó por la acción que se ejerce, puede prorogar la de los Jueces ordinarios de Torrente, Moncada, Alberique, etc., porque representan esa misma jurisdicción ordinaria á cuyo conocimiento corresponde la decision del asunto, pero no podría prorogar de ninguna manera en la misma cuestión, la jurisdicción del Juez eclesiástico ó militar, ni la de hacienda, ni la administrativa, porque éstos no ejercen la real ordinaria y porque al litigante le falta el poderío de conferirle la precisa y necesaria para entender y decidir en sus reclamaciones; son potestades diversas, distintas, de índole y naturaleza diferentes, que en nada se rozan, ni nada de comun ni afinidad alguna las liga, y nunca jamás puede hacerse competentes á semejantes Jueces y tribunales estendiendo su jurisdicción y haciéndola poner en ejercicio, pues no hay efecto sin causa, y aquí la causa es ese poderío de juzgar y se carece de él; luego para ser competente se necesita tener jurisdicción y que se dé motivo y título justo de ejercerla, y para prorogarla en aquel que no es competente, que igualmente resida en él esa jurisdicción que se ha de prorogar y que se autorice á ello por voluntad expresa ó tácita de las partes, de forma que la prorogación única y exclusivamente es permitido darse respecto de Jueces de un mismo fuero y en la gerarquía de esos mismos Jueces, por ejemplo, para la celebración de un juicio de paz ó verbal, solo es prorogable la juris-

dicción de otros Jueces de paz, de la misma manera que en los negocios cuyo conocimiento toca á los Jueces de primera instancia solo es prorogable la de otros Jueces de primera instancia.

Ahora bien, si la prorogación es un derecho concedido al litigante para someterse en los términos espresados á un Juez que no es el competente; si es potestativo en él usar ó no usar de ese derecho, será claro y evidente que su renuncia, ó su uso pende exclusivamente de su voluntad, es un privilegio personalísimo y que á nadie le es permitido entrometerse, sin su noticia, sin su conocimiento, en el aprovechamiento de ese privilegio y de las acciones que de él se derivan: veamos, examinemos las causas que dan margen á la prorogación de la jurisdicción: veamos, examinemos los medios de hacer valer la incompetencia.

Competencia propia, derecho propio y peculiar para juzgar por sí y sin necesidad de prorogación, la tiene en las acciones reales, sobre bienes inmuebles, el Juez del lugar en que esté la cosa litigiosa, ó cualquiera de ellas si fueren varias; en las acciones reales sobre bienes muebles ó semovientes, el del lugar en que se hallen, ó el del domicilio del demandado, á elección del demandante; en las acciones personales, el del lugar en que deba cumplirse la obligación, y á falta de éste, á elección del que demanda, el del domicilio del demandado ó el del lugar del contrato, si hallándose en él aunque sea accidentalmente puede ser emplazado; en las acciones mistas, el del lugar en que se halle la cosa, ó el del domicilio del demandado, á elección del demandante: en las acciones respecto á la gestión de los guardadores, el del lugar en que se hubiese administrado lo principal y en todo caso el del domicilio del guardador, si tuviere el mismo del menor, salvo siempre las escepciones que la ley establece para casos especiales; art. 5.º y 6.º de la ley de procedimientos.

Sin embargo, puede hacerse competente



un Juez que egerce jurisdiccion ordinaria, para conocer de las reclamaciones en que se egerciten acciones reales, personales, mistas y cualesquiera otras, aunque no concurren las circunstancias anteriormente espresadas, siempre que se renuncie el fuero en el contrato, obligacion ó pacto, ó siempre que citada, llamada ó emplazada la persona contra quien se reclama, se somete á la jurisdiccion del Juez que lo llama, cita ó emplaza aunque sea con notoria incompetencia, bien espresa, bien tácitamente: decimos aunque sea con notoria incompetencia, porque si no hay citacion, llamamiento ó emplazamiento, no puede existir sometimiento ni espreso ni tácito, y no puede existir, porque si no sabe que hay reclamacion contra él, y si ignora que se le convoca ó requiere para que conteste, responda ó defienda de esa reclamacion, mal podrá contestar, responder ó defenderse, mal podrá acudir ante ese Juez incompetente á escepcionar contra el llamamiento, citacion ó emplazamiento ó á prorogarle la jurisdiccion, que no le es permitido egercer sobre el asunto, por sometimiento espreso ó tácito; luego un Juez que egerce jurisdiccion ordinaria ante quien se presenta una reclamacion, que si bien su conocimiento y resolucion corresponde á dicha jurisdiccion, á él no le es dado egercerla por no concurrir los requisitos que le darian competencia, segun la índole de la accion egercitada, no le es permitido dejar de llamar, citar ó emplazar y declararse incompetente de oficio, porque entonces privaria á la persona contra quien se reclama ó demanda, del derecho de prorogarle la jurisdiccion espresa ó tácitamente, y este derecho es personalísimo, su egercicio esencial y característicamente voluntario, y su uso no es permitido restringirlo, coartarlo ni impedirlo, y esto sucederia, pudiéndose declarar incompetente de oficio un Juez y sin escitacion de ninguna especie.

Hasta aquí las principales razones filosóficas que vienen en auxilio de nuestra opinion,

razones que á mayor abundamiento se fortifican con el texto espreso de la ley.

¿Cómo se promueven las cuestiones de competencia? El art. 82 de la de procedimientos civiles lo establece: las cuestiones de competencia se promueven por inhibitoria ó por declinatoria; estos son los dos únicos medios, ningun otro más. La inhibitoria se intenta por la parte que se ve citada, llamada ó emplazada por un Juez incompetente para conocer ante el Juez que se crea competente, pidiéndole que dirija oficio al que estime no serlo para que se inhiba y remita los autos.

La declinatoria se propone ante el Juez que se considera incompetente, suplicándole se separe del conocimiento del negocio con igual remision de autos al tenido por competente; luego la competencia siempre se promueve á escitacion ó instancia del llamado, citado ó emplazado por Juez incompetente; luego esa citacion, llamamiento ó emplazamiento es requisito inescusable para que se agite la cuestion de incompetencia; luego al Juez no le es dado inhibirse de oficio sin practicar ese llamamiento, citacion ó emplazamiento, y sin que se proponga la escepcion de incompetencia por inhibitoria ó declinatoria, porque si tal hace, egercita por su voluntad y arbitrariamente una escepcion que solo toca promoverla á la parte citada, llamada y emplazada por un Juez incompetente, y la egercita sin su consentimiento, cuando es un derecho personalísimo, y la egercita privándole de la potestad de someterse á ese mismo Juez, prorogarle su jurisdiccion ya espresa, ya tácitamente.

Los artículos 83 y 84, en donde se dispone que, utilizada la inhibitoria, no puede abandonarse y recurrir á la declinatoria, que tampoco es dado emplear estos medios sucesivamente, y que en el escrito en que se intente uno se ha de asegurar no haberse empleado otro, vienen á canonizar esta doctrina, que es inconcusa, que descansa en la letra y espiritu de la ley.



Tal vez despues de leido este artículo instintivamente se diga ¿á qué hacer cuestion de lo que no es cuestionable? ¿A qué suponer duda donde ni se vislumbra siquiera? Sirva de respuesta á tal pregunta, ha habido cuestion sobre lo que no es cuestionable, ha habido duda sobre lo que no es dudoso.

Felipe Gonzalez del Campo.

## DERECHO ADMINISTRATIVO.

### ARTÍCULO VI.

Que los principios que sirven de base á la administracion, segun decíamos en nuestro anterior artículo, sean por su misma índole relativos, y varíen por lo tanto segun las formas de gobierno, y las condiciones especiales de cada nacion, es para nosotros una verdad incontestable. Si fuera uno mismo el origen de los diferentes pueblos que cubren la superficie de la tierra; si los usos, hábitos y costumbres de todos los moradores fuesen inspirados y creados por idénticas causas, influyendo en su creacion uniformes nociones del derecho natural; si á la aplicacion de éstas, que son universales á la humanidad, no se opusieran en unas partes sistemas absurdos de religion, en otras, crasísimos errores del derecho primordial, aquí preocupaciones de raza, mas allá la aglomeracion de pueblos de origen distinto, pero que cada cual se esfuerza en hacer prevalecer sobre la de los otros su forma originaria de gobierno; si no contribuyera, en fin, tan directamente en la marcha de los pueblos la condicion topográfica de la zona en que se hallan asentados; entonces podria el hombre político ir á buscar en todos ellos los gérmenes de una administracion idéntica, siquier variada algun tanto en sus aplicaciones; entonces, si no encontraba esos gérmenes, podria trabajar con gloria en su aclimatacion y desenvolvimiento. Pero cuando por la índole misma de las sociedades existentes se viene en conocimiento de la

radical diferencia que entre ellas existe; cuando esa diferencia no es de hoy ni de ayer, sino que data de remotísimos tiempos, y la historia nos la conserva en muchos, y en los restantes la tradicion; inútil nos parece la tarea de esforzarse en encontrar la asimilacion de las instituciones referentes á su gobierno interior, y mas inútil todavía esperar en que, como principios absolutos, independientes de toda condicion exterior de sér, puedan tener aplicacion en todos tiempos y lugares.

Trátase de la gobernacion de un pais; del modo y manera con que han de armonizarse los deberes recíprocos entre los que mandan y los que obedecen; del sistema regular y en la conveniencia de ambos basado, de tal suerte que los respetables derechos de la colectividad no menoscaben los no menos respetables de los individuos; de que unos y otros tengan circunscrita y bien caracterizada la esfera de su accion, de modo que no se turben, ni choquen entre sí; y para que el sistema se adapte y llene las condiciones necesarias de estabilidad que tanto han menester los pueblos para su quietud y sosiego, no puede desentenderse el legislador, ni le es dable prescindir, so pena de dejar espuesta su obra á variaciones y mudanzas continuas, de ajustarse á los instintos, hábitos y tendencias de los administrados. De otra manera sucederia lo que á las plantas que aman determinado sol, y brisas determinadas: trasplantadlas, llevadlas á otro sol, á otros rocíos, á otros aires, y á su primitiva exuberante vegetacion sucederá el raquitismo y la muerte.

En los pueblos que desde su origen han tenido la conciencia de sus derechos, que han sentido latir en su corazon el noble instinto de libertad, y que han trabajado con ardimiento y fe hasta lograr su reconocimiento y sancion en las leyes fundamentales, no podrán nunca aclimatarsen los principios de administracion que profesan las escuelas que todo lo concentran en el Gefe del Estado; y experimentarán resistencia constante, siquier pasiva, hasta que



se presente favorable ocasion de exigir ó su cambio radical, ó las modificaciones ó reformas convenientes. No así en aquellos en cuyo entendimiento no ha penetrado otra idea, no ha dominado otro principio que el de sumision en todo y por todo á otro sér; cuyo principio les ha inculcado el sacerdote en el templo, el magistrado en su tribunal y el poeta en sus canciones. Si se quiere dar á estos pueblos una administracion basada en los principios de completa independencia, el bien que por el pronto se les proporcionara, elevándoles sobre sus antiguas creencias al conocimiento de lo que son, de lo que se deben á sí mismos, de lo que tienen derecho á esperar de los demás, y del Estado, no dejaria de producir un resultado contrario á sus propios intereses; porque á la accion despótica y por consecuencia arbitraria de uno, sucederia precisa y necesariamente la accion despótica y arbitraria de muchos; y tanto en los primeros, como en los segundos, se notaria el trabajo lento pero constante de la opinion, contrario á las leyes administrativas desacordes con sus instintos, costumbres y tendencias.

Otros pueblos hay que han tenido la suerte de ir formando sus costumbres al benéfico influjo de leyes saludables; que han experimentado muy pronto los efectos de la civilizacion, que merced á ella han caminado lenta pero progresivamente á la perfección, y caminan hoy con decidido empeño; y turbaríase fatalmente la paz y tranquilidad de que gozan, si imprudentes y temerarios los legisladores, quisieran hacerlos llegar de un salto á la meta hácia la que con paso seguro y magestuoso caminan, venciendo con su constancia los obstáculos que atraviesan el camino.

Infiérese de lo dicho, que el legislador ha de ir á buscar lo útil, lo provechoso, lo conveniente á un pueblo, no en las abstractas regiones de la teoría, no en los axiomas que la ciencia haya esparcido en el recinto de las escuelas, no en lo que haya visto planteado con

mas ó menos fortuna en otros países, sino en lo que la esperiencia aconseje ser conforme á las aspiraciones de aquel, y sea por lo mismo recibido con general aplauso. En este caso tendremos, que la frase *interés administrativo* necesariamente ha de indicar el conjunto de derechos individuales y colectivos tan unidos y enlazados por la utilidad y conveniencia que á todos resulta, que no podrá atacarse el mas mínimo, el mas insignificante de ellos en la colectividad ó en el individuo, que no esparza la alarma en todos, sintiendo los efectos perniciosos del ataque.

Y hé aquí, bajo otro punto de vista, examinada la palabra *interés administrativo*, cuyos caracteres especiales iremos apreciando en otros artículos.

Felix Gomez La-Casa.

#### CUESTION DE PROCEDIMIENTO CIVIL.

**¿Cuando una parte solicita la prevencion del juicio de testamentaria voluntario ó el Juez acuerde la del necesario, y algun interesado contradice la procedencia del juicio, la cuestion que se suscita cómo debe sustanciarse?**

En la Ley de Enjuiciamiento civil vigente ni aun parece que se haya sospechado la posibilidad de semejantes casos, y nada hay dispuesto sobre ellos: la práctica los ha presentado con repeticion ya, pero no hay un número suficiente de resoluciones unánimes ó conforme para formar una jurisprudencia indubitada.

En cualquiera de los casos en que puede promoverse el juicio de testamentaria voluntario, segun el artículo 406, y en que es necesario segun el 407, es posible que se contradiga la procedencia del juicio, y por lo tanto la prevencion de la testamentaria.

Para que el Juez acuerde la prevencion del juicio de testamentaria voluntario, necesítase que le solicite parte legítima, y en el necesario que ocurra uno de los casos presentes en el citado artículo 407. Supongamos, pues, que so-



licitada la prevencion por una parte, se presenta otra oponiéndose y alegando que la primera *no es parte legítima*. ¿Qué debe hacer el Juez? ¿Debe suspender la prevencion y oír á las partes, ó oírlas despues de practicada la prevencion del juicio? Y cuando las oiga ¿debe hacerlo segun la tramitacion y forma de un incidente ó por la via ordinaria?

*Se entiende por prevencion del juicio de testamentaria*, dice el artículo 413, *la ocupacion de los bienes y papeles del finado y la adopcion de las providencias urgentes y de las precauciones necesarias para evitar abusos y fraudes*. La prevencion del juicio de testamentaria es, pues, una diligencia perentoria y urgente por su objeto: parece que por nada ni por nadie deba dilatar-se, y que solicitada debe acordarse sin oír á parte alguna y sin conceder á la contradiccion que pueda presentarse otro efecto que el devolutivo. Se nos objetará quizás con los artículos 415 y 498 de la ley, que está solo autorizado al Juez para decretar la prevencion del juicio de testamentaria voluntario, *siendo parte legítima quien lo pida* y del necesario cuando haya interesados ausentes, menores, incapacitados ó acreedores que lo soliciten; que siempre que se demuestre al juez que la parte que solicita la prevencion del juicio voluntario *no es legítima*, ó que no concurren en la persona que motivó la del necesario las circunstancias prescritas por la ley, no está en el arbitrio judicial el prevenir el juicio; y que por lo tanto la resolucíon de semejante extremo debe ser de prévio y especial pronunciamiento. Sin duda que esta objecion está basada en la rigurosa aplicacion de la letra de la ley; pero es contraria á su espíritu, porque la prevencion del juicio de testamentaria tiene por objeto evitar abusos y fraudes, y la ocupacion de los bienes y papeles y las demás disposiciones conducentes al efecto son de urgente y precisa egecucion. El perjuicio que á la parte legítima se ocasionaria acaso de retardar la prevencion

del juicio de testamentaria, así como al ausente, al menor ó incapacitado y al acreedor ó acreedores, pudiera ser inmenso ó irreparable, cuando es insignificante relativamente el que pudiera ocasionarse al que se oponga al juicio de testamentaria, el que pudiera inferirse por la práctica de las diligencias preventivas que conducen á asegurar los intereses de la herencia yacente. Dichas diligencias nunca desmembrarán el derecho de la parte legítima, cualquiera que ella sea, y su omision pudiera dar lugar á ocultaciones y abusos de mas ó menos entidad.

Lo mas prudente y racional en nuestra opinion es que, solicitada la prevencion por parte que aparezca legítima por haber cumplido con lo prescrito en el artículo 414 de la Ley de Enjuiciamiento civil, debe acordarse desde luego y llevarse á efecto tal como se entiende segun el artículo 413; es decir, tomando todas las providencias y precauciones que sean necesarias para evitar abusos y fraudes, sin suspenderlas cualesquiera que sean las reclamaciones que puedan presentarse, en cuyo caso bastará acordarla con la calidad de sin perjuicio.

Esta, sin embargo, no pasa de ser una opinion nuestra, en la que la seguridad del acierto está muy lejos de acompañar al deseo de él; pues que si tenemos noticia de casos en que así se ha resuelto en los tribunales, recientemente se nos ha ofrecido uno en que solicitada la prevencion del juicio de testamentaria voluntario, por un heredero forzoso, se opusieron á ellos otros herederos pidiendo mejora del auto en que se habia acordado, el que quedó en suspenso hasta la resolucíon de la cuestion que se sustanció como un incidente. En un caso idéntico se suspendió la prevencion, se sustanció en el inferior la cuestion por todos los trámites de la via ordinaria, y venidos los autos en aplicacion á la superioridad se guardó la tramitacion de un incidente.

Y aquí ocurre ya oportunamente el tratar de la segunda parte de la cuestion, motivo de



este artículo, ¿la discusion sobre si procede ó no el juicio de testamentaria, á qué tramitacion debe sujetarse, á la de los juicios ordinarios? Sobre este punto hállanse encontradas las prácticas, si tal pueden llamarse hechos aislados, de los tribunales y las opiniones de los jurisperitos.

Los que creen que semejantes cuestiones deben sustanciarse como un incidente fúndanse en que son cuestiones de prévio y especial pronunciamiento y en los perjuicios que se ocasionarian si para decidir si há ó no lugar á un juicio de testamentaria, hubiera antes de seguirse por todos sus estensos y costosos trámites un juicio civil ordinario.

Los que sostienen que debe sustanciarse de este último modo, fúndanse en la importancia de los derechos que pueden dar lugar á la oposicion y de los que es necesario juzgar para resolver la cuestion de procedencia ó improcedencia del juicio de testamentaria; pues que siendo un requisito indispensable para la prevencion del voluntario que le solicite *parte legitima*, pudiera oponerse que la que lo pidió no lo es, ya que el testamento presentado sea falso ó nulo, ya que estuviese revocado, ya que el derecho de la parte, que pida la prevencion fuese condicional, el dia llegado y la condicion no cumplida; y otras mil cuestiones del mismo interés y magnitud. ¿Podrá en modo alguno someterse á la tramitacion breve y sencilla de un incidente, cuestiones semejantes: el derecho de un heredero, la validéz de un testamento?

Tales cuestiones parece indisputable que deben ser tratadas por la via ordinaria, atendiendo á la naturaleza de los derechos que los pueden motivar. Hay además una razon de bastante analogía: las reclamaciones que se hicieren sobre el inventario, dice el art. 437 de la Ley de Enjuiciamiento civil, se sustanciarán, *en via ordinaria* y piezas separadas, parece que, las que se presenten sobre la validéz de la disposicion testamentaria, el derecho de

los herederos y demás de igual naturaleza é interés, deben tambien sustanciarse por la via ordinaria.

Pero al mismo tiempo que lo reconocemos así no cabe desconocer que la oposicion al juicio de testamentaria, podrá á las veces fundarse en razones de escaso interés y de sencilla resolucion; tal es, por egemplo, como si el testador ha dispuesto lo contrario, si esta disposicion es ó no obligatoria al que promueve el juicio y si hay ó no herederos ausentes, incapacitados ó menores. La sustanciacion de semejantes cuestiones puede ser breve y sumaria como la de los incidentes, sin perjuicio alguno y con ventaja conocida de las partes.

Difícil es, pues, la solucion de la cuestion propuesta.

Difícil el establecer una regla general para los múltiples y distintos casos que pueden ofrecerse.

Peligroso el establecer una jurisprudencia casuística, como la que vemos iniciarse.

Nosotros nos atreveremos á presentar tres bases para la resolucion de la cuestion.

Primera. La prevencion de la testamentaria entendida como se define en el artículo 413, debe por regla general acordarse desde luego á cuenta y riesgo del que la pide y sin perjuicio del derecho que corresponda al que se opone.

Segunda. Cuando la oposicion al juicio de testamentaria se funde en razones que hagan solo relacion al modo de liquidar la herencia y no al derecho de las partes, deberá sustanciarse como un incidente.

Tercera. Cuando la oposicion se refiera al derecho hereditario, á la validéz de la disposicion testamentaria, ó se apoye en cualesquiera otra accion de las que deben sustanciarse en el juicio ordinario, ésta será la tramitacion que deberá seguirse.

Ultimamente: hemos dicho que por *regla general* siempre deberá llevarse á efecto la prevencion del juicio, porque comprendemos que habrá algunos casos de escepcion, por la



facilidad de la resolución prévia; tal será, por ejemplo, cuando presentado un testamento y pedida la prevención del juicio de testamentaria, compareciese otra persona con un testamento posterior que revocara el derecho de la primera, pues entonces, si con un simple traslado á ésta se diera por allanada, ya no sería necesario juicio, prevención ni aun discusión alguna.

Debemos concluir protestando que si siempre está lejos de nosotros la pretensión de dogmatizar, lo está mas que nunca en este artículo, en que solo hemos tratado de presentar las dudas que existen, llamar la atención de nuestros compañeros, para que se reúnan y estudien los casos prácticos que se vayan presentando y se promueva la discusión, para conseguir la inteligencia y facilitar la aplicación de la ley, si alguna de estas cosas es enteramente posible, respecto al tratado de testamentaria, tal como se halla consignado en la Ley de Enjuiciamiento civil.

Eduardo Atard.

Trasladamos á las columnas de nuestra *Revista* el siguiente discurso leído en la Universidad central por D. José Gimeno y Agius en el acto de recibir la investidura de doctor, con vencidos de que su lectura complacerá á nuestros lectores. El Sr. Gimeno, joven de aventajado talento, ha sido uno de los mas distinguidos escolares de la universidad de esta ciudad, en la que ha seguido toda su carrera hasta recibir el grado de licenciado.

### EL DERECHO ROMANO

EN TIEMPO DE LOS EMPERADORES PAGANOS.

Excmo. é Ilmo. Sr.: Hay una época en la historia, época de pavor, de consternación horrible que la razón aterra y llena de espanto el corazón; época horrorosa en que se ensayaron todas las crueldades, y se cometieron todos los crímenes; en que el mundo entero no era mas que inmenso rebaño de esclavos puestos á disposición de un

hombre que, creyéndose dueño de la humanidad, sintiendo desprecio y odio hacia todo lo que veía en torno suyo, buscaba sus placeres en el sufrimiento de los demás hombres, en insultar su dignidad, en arrancarles la vida, en escuchar á todas horas su llanto y sus lamentos; de un hombre que cuando de esta manera insultaba al cielo y sembraba el terror por toda la superficie de la tierra, pedía aplausos y cantares para celebrar su grandeza, aplausos y cantares que los hombres no le negaban porque terrible espanto sobrecogía su alma, pero que salían de sus labios envueltos en dolientes gemidos y tremendas maldiciones. La historia no reconoce otra época igual, y las generaciones presentes, separadas de ella por el profundo abismo de los siglos y por una sublime religión que entonces se ocultaba en el misterio de las catacumbas, porque lo mismo que los hombres era perseguida y martirizada, apenas aciertan á concebir tanto agravio dirigido á Dios, tanta desventura arrojada sobre el hombre.

Esta época es la que media desde que Augusto, inspirándose en el pensamiento de César, levantó el imperio, hasta que Constantino, leyendo en misteriosos caracteres grabados en el cielo, abrazó la religión de Jesús.

Así efectivamente nos lo dicen los libros. Los emperadores romanos, sin temer ya los arranques de aquella altiva y perseverante plebe que siglos enteros habia estado luchando por conquistar su libertad, porque esa plebe ha desaparecido ya de la arena política y se halla perfectamente avenida con una paz que, aunque recibida de las manos de un déspota, le proporciona vistosos juegos y frecuentes liberalidades; sin temer tampoco al Senado, porque este cuerpo antes tan poderoso, tan soberbio, ahora se revuelve en el inmundado fango de su abyección y solo vive para espiar las usurpaciones y crueldad que usara con aquellos plebeyos siempre hambrientos de pan y de libertad; sin hallar límites para su autoridad en las demás magistraturas, porque todas se hallan reasumidas en su persona, ellos son tribunos, ellos censores, ellos cónsules, ellos pontífices; sin que la ley pueda tampoco contener sus impetus, porque en su soberbia han declarado que la acción de aquella nunca podrá llegar á sus personas; sin que pueda intimidarles el rayo de Júpiter, porque se creen también dioses; sin que puedan tampoco amedrentarles los gritos de su conciencia ni las maldiciones de sus víctimas, porque la lisonja cortesana les ha persuadido de que la hu-



manidad les pertenece y no permite llegar á sus oídos otros acentos que los aplausos del circo y el cantar de los festines; sin freno alguno, sin respeto á nada, devorados por insaciable sed de omnipotencia, poseídos de verdadero vértigo de destrucción, ansiando siempre nuevos placeres, nuevas emociones, los emperadores romanos no reconocían límite alguno para sus deseos; su poder, como el querer antojadizo del niño, como el delirio de un loco, todo lo abarcaba, á todo se extendía; su voluntad pesaba sobre el mundo como densa atmósfera de plomo que oprimía el corazón y privaba el aliento; y ciegos con las nubes de incienso con que los cortesanos oscurecían su vista, aturdidos por los aplausos y alabanzas que en torno suyo resonaban; como si trataran de averiguar hasta qué punto podían ser obedecidos por aquel mundo que de rodillas y con la frente hundida en el polvo les contemplaba, y hasta qué límites podía compararse su poder con el de los dioses, con cuyo nombre y atributos se investían, cada día inventaban nuevas locuras, cada instante cometían nuevos crímenes; su odio al hombre ya no se satisfacía con condenar al destierro, reducir á la miseria y privar de la vida á millares de desgraciados por simples celos, por meras sospechas ó por puro hábito; al observar que el mundo no lanza una sola queja, porque nuevos aplausos y nuevas lisonjas vienen á ahogar los ayes del moribundo y á repetirles que el universo es suyo, su soberbia se exalta, su mente se enloquece, sed de sangre y destrucción se apodera por completo de su espíritu, y como si le irritara el dominio que sobre su corazón ejercían ciertos sentimientos, como si en ellos vieran una protesta á esa omnipotencia que era su ardiente deseo, como si, en fin, quisieran convencer al mundo y á sí mismos de que su voluntad lo dominaba todo, hasta esas tiernas afecciones que constituyen nuestra naturaleza y forman el encanto de nuestra vida, dan muerte á sus mas queridos amigos, hunden su espada con fría indiferencia en el pecho de sus hermanos, y un día, que la historia ha escrito con pavorosos caracteres, que los hombres siempre recordarán horrorizados; aparece en el trono un emperador que en el silencio de la noche, después de haber fingido amor vehementísimo como el mas respetuoso y dulce de los hijos, manda asesinar á su madre, y celebra luego á la vista de su cadáver, con la copa en la mano, crimen tan horrendo.

El corazón se sobrecoge de pavor al recordar

tanta soberbia y tantos crímenes, y un grito de horror é indignación quiere escaparse de nuestros labios al fijar nuestra mirada sobre seres tan maldecidos y crueles.

Y sin embargo, la posteridad que siempre es justa é imparcial, en medio del anatema que sobre esos crímenes y esa tiranía ha lanzado, en medio de esa indignación y horror con que ha registrado las sangrientas y vergonzosas páginas de aquellos días, ha pronunciado grandes elogios en honor de esos emperadores: y á cada instante se complace en espresar su gratitud y admiración hacia esos siglos de tanta humillación y tanta desventura. ¿Por qué esos elogios? ¿Por qué esa gratitud?

Porque la posteridad ha visto en esa serie de emperadores paganos algo mas que los monstruos nunca saciados de sangre humana, nunca hartos de placeres y de crímenes: acostumbrada á hallar siempre un bien y un progreso en todos esos trastornos y enfurecidas tempestades que el mundo viene experimentando en su marcha por el océano de los siglos, ha buscado también en esos azarosos días ese bien, ese progreso, y por fin le ha hallado, porque ha visto que esos Césares tan aborrecidos, al mismo tiempo que firmaban horribles edictos que hacían temblar al mundo y que arrancaban la vida á millares de infelices, escribían benéficas y humanitarias leyes que reformaban por completo el primitivo derecho, que por instantes regeneraban la familia y que preparaban por fin la mas hermosa y magnífica ofrenda que Roma al morir debía hacer al mundo que sobre sus ruinas debía levantarse, la ofrenda de sus códigos, de su sabia y admirable legislación.

Porque en efecto, Excmo. Sr., si el derecho romano llegó á desprenderse por completo del carácter sombrío y exclusivo que primitivamente le distinguiera, al mismo tiempo que de los ritos religiosos é inflexibles solemnidades con que eran revestidos todos los actos de la vida de la familia, al imperio se debe; si el derecho romano logró fundar sus preceptos en principios comunes á todas las edades y en máximas de justicia conocidas de todos los hombres, y pudo por este medio ser recibido á la vez por todos los pueblos y hacer de todos ellos una sola é inquebrantable familia, también esto es obra del imperio: si el derecho romano, en fin, llegó á un grado de progreso tal que sin dificultad pudo ya recibir en su seno el hermoso espíritu del Evangelio, y fortalecido con las sublimes inspiraciones de esta divina doctrina,



le fue posible desafiar el destructor poder de las razas del Norte, sobrevivir al Capitolio y al Panteon, llevar su influencia á países donde nunca dominaran las poderosas águilas romanas y conquistar por último, la dominacion de todos los pueblos y de todos los siglos, al imperio es debido; los Césares le prepararon esta increíble conquista sobre el tiempo y sobre las revoluciones.

En esta época el padre no es ya el severo y sombrío personage en cuya figura se reasume toda la familia, cuya autoridad no reconoce límites, cuyos derechos sobre los hijos alcanzan á privarles de la vida, á reducirles á la miseria desheredándolos caprichosamente, á enagenarles, en fin, como torpe y grosera mercancía: la ley le ha arrancado uno tras otro todos estos crueles derechos y el hijo, que además ha comenzado por medio del peculio á tener en la familia, al lado de su mismo padre, una personalidad propia é independiente, que por otra parte se siente dueño de sus afecciones hasta el punto de poder contraer nupcias libremente con aquella que su corazón le aconseja, sin que pueda oponerse á ello el padre sino por muy poderosos motivos que debe apreciar el magistrado; que por fin ha visto que su condicion en el hogar doméstico ha dejado de confundirse con la del esclavo, porque tiene ya derechos y la ley reconoce y protege su personalidad, consuélase fácilmente de los pasados dolores y su alma se regocija porque nueva vida circula por sus venas y ve próximo el día en que su educacion y bienestar sea el fin principal que la ley señale á la familia.

La muger tampoco es ya aquella desventurada criatura que siendo soltera jamás se veía libre de la autoridad del padre ó del tutor, que siendo esposa no gozaba de ningun derecho que le recordara que era la madre de sus hijos: la tutela perpétua desaparece sucesivamente hasta no ser mas que raro ejemplo; la dote, lo mismo que el peculio al hijo, concede á la esposa en la familia una personalidad de que antes carecia, puesto que al lado mismo de la propiedad de marido tiene ya aquella la suya; cuando aquel con brutal ademan la arroja de su lado, en la restitution de esa misma dote halla la garantía de su existencia; la madre al morir ya no experimenta el desconsuelo de que no le sucedan sus hijos, porque sabe que la ley les entregará sus bienes, y si éstos mueren antes ella les sucede; triste derecho que solo con lágrimas en los ojos y desgarrada el alma podía

ejercer, pero que debió verlo escrito en la ley con gran consuelo, porque era el primer derecho que respecto á sus hijos se la concedia; la muger, en fin, descubierta por el legislador á través de las paredes del gineceo en que la antigüedad la tenia relegada, entra en posesion de una nueva vida, de un nuevo destino, y cada instante se acerca mas y mas al noble y distinguido puesto que en la sociedad y en la familia merece ocupar por sus virtudes.

El huérfano ya no puede temer el caso de carecer del benéfico y eficaz apoyo de un tutor, ni el de que éste convierta en perniciosa para sus intereses institucion solo en su beneficio establecida: la ley ha declarado aquel cargo obligatorio y señalado precauciones que deben asegurar al pupilo la indemnizacion de los daños que reciba; aun mas, en su decidido empeño de proteger á seres tan desgraciados, ha elevado la tutela á la importancia de un cargo público, ha exigido tremenda responsabilidad al magistrado que falté á sus deberes cuando el huérfano implora su auxilio, y previendo que un día ha de llegar á la pubertad, establece la curaduría sobre bases que leyes posteriores respetan y que ponen al menor á cubierto de los males á que pueden arrastrarle la inesperienza de la juventud y el ciego furor de sus pasiones.

El póstumo tampoco debe ya temer venir al mundo: la ley se ha acordado de él cuando todavía no pertenecía al mundo de los nacidos, y le ha equiparado á sus hermanos en la sucesion de sus padres; se verá privado, es cierto, del cariño y tierna solicitud de éstos, pero semejante pena no tendrá que llorarla en la mendicidad ó en la miseria.

El esclavo tampoco puede ya temer que su señor le prive de su existencia, y al observar que entre éste y su persona se ha interpuesto un magistrado que oye sus quejas cuando es castigado con demasiado rigor y que la ley se ha alzado severa contra el que les abandona en sus enfermedades, ha abierto su corazón á la esperanza y con frecuencia se olvida de su miserable condicion, soñando en el día en que sus cadenas se rompan para siempre y brille en su frente la doble corona de la libertad y del derecho.

La propiedad principia tambien á respirar la libertad y á sentir dentro de sí una existencia que no es la que arbitrariamente le han atribuido la religion y la ley, sino que le es propia, le es ingénita y se halla muy encima de las fórmulas del



sacerdote y de la letra de los códigos. El consentimiento, alma de toda convencion, crea un sinnúmero de pactos adornados de igual fuerza y vigor que los antiguos contratos; la estipulacion se esfuerza por emanciparse de las fórmulas con que la ley la ha revestido; las adquisiciones por medio de tercera persona son ya válidas; el legado rechaza lejos de sí las inflexibles fórmulas que le tenían como aprisionado: el codicilo, espresion menos solemne y menos rigurosa de la última voluntad nace y recibe entera fuerza al lado de los testamentos; éstos huyen de los comicios como si protestasen contra la intervencion que en ellos egerce el estado y adoptan formas mas libres, mas domésticas cual conviene al derecho de propiedad, base y lazo de la familia; la voz, en fin, del propietario adquiere tal autoridad, tal grado de consagracion cuando declara su postrera voluntad que la ley quiere que se interprete siempre favorablemente y que se cumpla aunque el heredero sea solo un nombre puesto en el testamento, y la herencia vaya á otra persona á quien esa misma ley se la ha negado siempre: el fideicomiso hace casi omnipotente la palabra del testador.

Mas aun; la justicia, incesante aspiracion del mundo, adorado ideal del sér humano, alma y pedestal de las sociedades, no es ya patrimonio esclusivo del rico, ni victima frecuente de la arbitrariedad ó del error; gratuita se administra á los pobres, y las causas todas siguen un orden gradual que en último recurso las eleva al conocimiento del emperador, fuente y distribuidor supremo de la justicia en el Estado.

Y por fin, todos estos beneficios, todas estas verdaderas conquistas que el individuo ha alcanzado en su marcha hácia el progreso, todos esos preciosos derechos con que ha empezado á tejer la bella y esplendorosa corona de su libertad civil, no son solo para adornar las sienes de los habitantes de Roma y de las provincias italianas; todos los hombres los ostentan sobre su frente, la humanidad entera se adorna con ellos, y su radiante luz alumbra á todos los pueblos, á todas las familias, porque los habitantes del imperio han sido declarados todos indistintamente ciudadanos romanos, y el imperio sabemos que es el mundo.

De manera que esa série de emperadores paganos, borron el mas negro de la historia, oprobio el mas vergonzoso del linage humano que, atropellando todo sentimiento de justicia y de humanidad, asesinaban á sus madres y á sus her-

manos, insultaban á cada paso con extraño deleite la dignidad humana, y escupian todos los instantes con su soberbia y con sus crímenes al rostro de Dios, fueron los primeros en enaltecer á la familia, en honrar á la madre, en proteger á la esposa, en dulcificar la suerte del hijo y del esclavo, en garantizar la justicia y en levantar por fin al hombre del polvo en que tenia hundida su frente para que se conquistara el magnífico y elevado trono que en el día de la creacion le designó el Eterno.

Y es que cuando una idea aparece en la historia, todo lo invade, todo lo avasalla, y es como única fuente adonde todos se ven forzados á acudir para apagar su sed y reanimar su desfallecido espíritu; y los emperadores no pudieron menos de rendir culto y de prestar homenaje á la gran idea de la libertad privada que, magestuosa y bella, habia aparecido en los horizontes de la humanidad.

Porque, en efecto, Excmo. Sr., la reforma del derecho privado, la idea de la libertad civil en estos siglos no es aquella vaga y tímida aspiracion de Roma en tiempos de la república que compartia el dominio de los espíritus con otras aspiraciones, que perdía casi toda su importancia al lado de la igualdad política, dominante pensamiento de los hombres de aquel tiempo, que por fin se satisfacía con las indirectas y parciales reformas del Pretor; los trabajos de este magistrado, aunque de importancia suma y de memoria eterna; porque ellos iniciaron la reforma de la primitiva legislacion de Roma y señalaron el derrotero que debían seguir los que en tan gigantesca y gloriosa empresa debían trabajar, por razon de la época y por razon tambien del reducido campo que ofrece un tribunal para influir en la legislacion de un pueblo, eran demasiado tímidas é incompletas para que pudieran bastar á los nuevos siglos, en que la reforma de la ley civil debía ser la gran fuerza que habia de satisfacer la necesidad que los pueblos sentían de formar una sola familia á fin de poder recibir todos á la vez el nuevo espíritu que sobre ellos iba á descender. Semejante necesidad, que no era nueva, porque ya Roma la habia anunciado en el instante mismo de brotar á orillas del Tiber, cuando tendió sus brazos y ofreció asilo á cuantos carecían de patria, pero que siete siglos de existencia no le habian bastado para satisfacerla, al nacer el imperio no era ya posible resistirla por mas tiempo, porque ese espíritu por quien los pueblos suspiraban, el



cristianismo, iba ya á aparecer sobre la tierra, y los emperadores no podían adoptar medio más eficaz ni más directo de operar esa fusión de pueblos y de razas que el de trabajar sin descanso y con resolución muy grande por desprender de la ley de Roma cuanto tenía de exclusivo y de formulario, por agregarle nuevos preceptos que descansaran en ese sentimiento de equidad que vive en todos los corazones, por buscar, en fin, una ley que pudiese ser común á todos los pueblos y á todas las instituciones, porque cuando tal consiguieran podrían ya declarar ciudadanos romanos á todos los habitantes del imperio, éstos no habían de repugnar una legislación que venía á estar escrita en su propia conciencia y en que se hallaban reflejadas todas sus instituciones y la idea de humanidad, la idea de unión de todas las naciones, se posesionaría por fin de la historia para no borrarse jamás de sus eternas páginas y para preparar á todos los pueblos á recibir en su seno el espíritu sublime y civilizador del cristianismo.

Los Césares, empero, solo de una manera muy imperfecta é incompleta hubieran podido por sí solos llevar á cabo empresa tan colosal y tan gloriosa. La luz que arrojaba esa nueva idea de caminar á la unidad del mundo por medio del derecho, hería su vista y creían distinguirla perfectamente, pero su mente estraviada por el orgullo y por el crimen, no hubiera sabido nunca realizarla; la corriente de las nuevas aspiraciones de los siglos les empujaban hacia la suspirada realización del derecho, pero forzándoles á resistirla los perversos impulsos de su corazón, al ser arrastrados por ella, lo hubieran sido de una manera ciega y estéril para la humanidad. De modo, que al examinar esas benéficas y humanitarias reformas que hemos apuntado, todas ellas tan calculadas, todas tan sabias y tan justas, no podemos suponer que los emperadores las introdujeran por su propia iniciativa y por su solo esfuerzo, sino obedeciendo á esa misteriosa fuerza que empujaba aquellos siglos hacia el derecho, y guiados además por una mano inteligente que regularizara é hiciese fecunda la marcha que se veían forzados á seguir, y así en efecto fue.

En aquellos días de tanta humillación y tanta desventura, existían unos hombres que, buscando consuelo para sus pérdidas libertades, se consagraron á la ciencia, se fortalecieron con una filosofía de severos principios, de sublimes aspiraciones; y fuertes con el auxilio que ésta les prestara al mismo tiempo que con el que les diera la

enseñanza de los edictos del Pretor y de las diferentes instituciones de los diversos pueblos, dejaron lanzar sus espíritus en busca de un derecho escrito por el dedo de Dios en el corazón de todos los hombres, y de una Justicia común á todos los siglos y á todas las naciones.

Estos hombres eran los Jurisconsultos que desde los últimos tiempos de la república se habían dedicado con ardoroso empeño á la filosofía estoica, fundando sobre sus austeras y elevadas máximas esos magníficos trabajos legislativos que la posteridad con tanto afán ha recogido; y estos hombres fueron también los que el imperio desde sus primeros días llamó en torno suyo para confiarles la difícil cuanto elevada misión de inocular en el derecho de aquel gran pueblo una nueva sangre que le diera nueva vida, nueva fisonomía, y de acercar más y más sus inflexibles preceptos al ideal sublime que de la justicia y del derecho habían llegado á concebir en sus largos estudios y profundas meditaciones.

Augusto descubrió varios de ellos en su corte, y como si comprendiese que nadie mejor que los Jurisconsultos podían desempeñar el sacerdocio de la idea que debía caracterizar en la historia la forma de gobierno que él había inaugurado, se apresuró á aproximárselos á su persona y á conceder á sus opiniones una muy grande autoridad. Es cierto que no necesitaban los Jurisconsultos de la declaración imperial para influir sobre la opinión pública, porque conocida es la influencia que con sus dictámenes ejercieron en el desenvolvimiento del derecho ya en el último tercio de la república, cuando su única autoridad era la que le prestaba la equidad de que se hallaban inspirados; pero también es cierto que desde que Augusto les otorgó el derecho *ut ex auctoritate ejus responderent*, su voz adquirió tal poder, sus opiniones tal autoridad, que á poco tiempo un emperador prohibió á los jueces que fallaran contra el parecer unánime de los Jurisconsultos, y sus respuestas constituyen en esta época la fuente más fecunda y más preciosa de la legislación de Roma.

Más la protección dispensada por Augusto á los Jurisconsultos, no había alcanzado á todos ellos. Entre los que en la corte se distinguían había uno, M. Antisteo Labeon, que no participó de ella á pesar de su inmensa erudición y privilegiado talento. Republicano por convicción y por el recuerdo siempre fijo en su memoria de su padre que había muerto en los campos de Filipos en



defensa de las libertades públicas, hizo una constante oposicion á la naciente monarquía, y cuando Augusto, para atraerle á su devocion le ofreció el consulado, le rechazó con desprecio como si temiese manchar su conciencia recibiendo favor tan señalado de manos del tirano de su patria; y Augusto, no creyendo deber conceder privilegios al que de una manera tan dura y tan enérgica habia protestado contra su autoridad, reservó aquellos para C. Ateyo Capiton, que dotado de un espíritu mas dócil ó mas afecto quizá á las formas monárquicas, fácilmente se dejó unir al esplendente carro del emperador.

La ciencia del derecho, sin embargo, está igualmente agradecida al consecuente republicano que al dócil amigo de Augusto y de Tiberio. Aquel penetrando con osado espíritu en el examen de todas las instituciones, éste siguiendo tímidamente las huellas de sus maestros; el primero despreciando así la autoridad de los libros como la de los hechos cuando se hallaban contradichos por la fuerza de su poderosa dialéctica ó por las prescripciones de su clara razon; el segundo basando esclusivamente sus trabajos en la opinion de los autores y en la jurisprudencia de los tribunales; Labeon, arrastrado por un deseo irresistible de innovacion en todo aquello que su lógica condenaba, por mas que descansara en la tradicion de los siglos ó en el asentimiento general de los Jurisconsultos; Capiton, exageradamente tímido y desconfiado de su crítica, siempre que se trataba de ponerse en contradiccion con las enseñanzas de sus antecesores ó con la autoridad del tiempo; el uno, finalmente, representante fiel del elemento filosófico, el otro reflejo exacto del elemento histórico, ambos enriquecieron con preciosas investigaciones la jurisprudencia de aquellos dias, ambos contribuyeron poderosamente al desenvolvimiento de la legislación, y fundando dos escuelas que estuvieron disputando por espacio de dos siglos, dieron lugar á que se fijara la inteligencia de muchos pasajes en extremo controvertidos del derecho, y á que brillaran en este tiempo Jurisconsultos tan célebres como Próculo, Sabino Prisco, Pegaso, Javoleno y como tantos otros que en una y en otra escuela supieron con su talento y sus escritos conquistarse la admiracion de sus conciudadanos á la vez que el aprecio de los gefes del imperio.

Sin embargo, estos Jurisconsultos, aunque de grande celebridad y de justificado renombre, no pertenecen aun á esa jurisprudencia romana

que tantos dias de gloria dió al pueblo rey y que tan grande revolucion causó en su derecho. Ellos han merecido sin duda alguna los elogios que los hombres les han prodigado; ellos, mas diremos, prepararon á sus sucesores el camino que debian seguir para colocarse sobre ese magnífico pedestal de gloria y de grandeza en que las generaciones los contemplan, pero ellos no constituyen el verdadero apogeo de la jurisprudencia romana: éste principia en los dias de Adriano y termina en los de Alejandro Severo.

En este periodo efectivamente es cuando el Jurisconsulto aparece todo lo grande y elevado que debia ser para llevar á cabo la mision que en el mundo le estaba encomendada. Sus sentencias no son ya simple comentario de una ley ó la tímida enunciacion de una idea que, asustada de su propia novedad retrocede y se apresura á transigir con la tradicion; sus sentencias son la enérgica protesta contra el mundo antiguo y el anuncio feliz de una nueva vida para los hombres y de un nuevo espíritu para la sociedad. Su alma devorada de insaciable sed de ciencia ha logrado remontarse á horizontes que nadie hasta entonces habia recorrido; allí ha descubierto sublimes enseñanzas sacrilegamente holladas por el corrompido mundo antiguo, preciosos derechos horriblemente mutilados por los códigos, y una sociedad, una familia, un hombre que no son los que en la tierra existen, sino que respiran diferente vida y poseen distinta personalidad; y cuando tan bellos descubrimientos ha conseguido, su voz se alza fuerte y vigorosa para protestar contra todo lo que su ideal reprueba y para anunciar á los hombres sublimes máximas que de sus libros pasan á los códigos, y de su inspirada mente al mundo práctico.

Entonces es cuando por primera vez se oye que el esclavo es persona; que por naturaleza todos los hombres son libres, y que solo la fuerza y la soberbia han podido inventar diferentes nombres para designar á seres que han recibido de Dios la misma vida, los mismos derechos y el mismo destino; principios bellísimos que hoy no pueden sorprendernos porque se hallan en la mente y en la conciencia de todos, pero que entonces debieron escucharse con indecible asombro por parte de los mas y con despreciativa sonrisa por parte de los sábios, puesto que los esclavos como bestias eran vendidos y tratados, y puesto que la mas inspirada inteligencia de la sabia Grecia, el grande Aristóteles habia dejado



escrito en sus libros que habia seres que por naturaleza debian ser esclavos.

Entonces tambien es cuando hay ya palabras de consuelo y de proteccion para la muger, hasta entonces por todos deprimida, de todos olvidada; cuando á una sociedad en que el divorcio es el desenlace ordinario de la familia, se le dice que el matrimonio por su esencia es indisoluble; cuando á siglos que por sistema han amontonado sobre el gefe de la familia los mas crueles y despóticos derechos, se les grita que no en el terror, sino en la piedad y en el cariño debe estar basada la patria potestad; cuando á padres que nunca habian conocido sino derechos se les habla de deberes para con sus hijos, y cuando, en fin, estos deberes se consideran tan íntimamente ligados á su mision en la familia, que si falta á ellos se le declara loco, porque se supone que solo un hombre que ha perdido su razon, que ha dejado de ser hombre, puede olvidarse de sus hijos y desoir la voz de amor y de bondad que sin cesar grita en el corazon y en la conciencia de los padres.

En este tiempo es tambien cuando se dice que la justicia es virtud que debe brillar siempre en todas nuestras acciones, único sentimiento á que debe obedecer nuestro corazon, alma que debe identificarse con nuestra alma, como si con esto se quisiera dar á entender que la justicia debe verse reflejada en todas y en cada una de las páginas de los códigos, y que los esfuerzos del legislador no deben cesar hasta que esa ley del cielo y eterna aspiracion de nuestra alma, reine como absoluta soberana en todo el universo. En este tiempo, asimismo cuando se indica que la jurisprudencia es hermana de la filosofía, en cuyas espresiones pueden desde entonces aprender los pueblos que el derecho no es producto de la casualidad, ni creacion del hombre, sino que reconoce un origen mas grande y mas elevado, que, lo mismo que la verdad, procede de Dios.

Entonces tambien cuando en medio de los abusos é injusticias que formaban la atmósfera de aquellos siglos, no solo se concibe la idea del derecho, sino que se define diciendo que es *lo que siempre es bueno, lo que siempre es justo*, sencillas frases que sobre encerrar un fondo grande de consuelo y de esperanza para los hombres de aquellos dias, puesto que les mostraban el ideal hácia el que el mundo camina sin cesar, presentan ya el derecho, absoluto, universal y eterno,

tal como la ciencia de hoy le comprende y tal como debe ser forzosamente, reconociendo su inmediato origen en el Supremo Hacedor.

Entonces, finalmente, es cuando despues de indicarse que hay una ley escrita por el dedo de Dios en todas las conciencias y que se observa con igualdad por todos los pueblos, se llegan á formular sus preceptos, y se dice que los deberes naturales del hombre son: *honeste vivere, alterum non lædere, suum quique tribuere*; sublimes máximas que la moral mas pura y mas severa no puede rechazar; que son por sí solas la sancion mas acabada de esos derechos de libertad, de seguridad y de propiedad que constituyen la personalidad del individuo y que determinan por fin los límites á que debe ajustar sus preceptos todo código que pretenda cumplir su mision en los Estados con aplauso de Dios y de los hombres.

Pero es que en ese tiempo brillaban Jurisconsultos tales, como Roma nunca habia conocido: Jurisconsultos cuyo renombre parece crecer á medida que las generaciones se suceden y que desaparecen los siglos. Salvio Juliano, el autor del *Edicto perpétuo*, magnífica coleccion de aquellas declaraciones impregnadas de equidad y de justicia con que el magistrado inició la reforma de la antigua ley y que su autor parece que quiso recoger á fin de que no quedaran olvidadas en una época en que los trabajos del Jurisconsulto iban á reclamar para sí toda la atencion y todos los aplausos. Ulpiano, cuyas doctrinas sobre la condicion del hombre y naturaleza del derecho, parecen por su novedad y elevacion respirar las auras de la ciencia moderna; cuyo nombre llena, por decirlo así, todas las páginas del Digesto, tal es el número de fragmentos que de entre sus obras recogieron los redactores de este código inmortal: Paulo, el mas fecundo de los Jurisconsultos romanos, el autor de las *Sententiæ receptæ* libro precioso que, saliendo ileso del universal trastorno causado por la irrupcion de las razas del Norte, logró dominar á los que nada respetaron y pasó á formar parte del código de Alarico; Gayo, cuyas Instituciones despues de haber servido de fundamento y de modelo á las de Justiniano y de elemento muy importante al Breviario de Aniano, parece que quisieron permanecer envueltas en el misterio hasta nosotros para asombrar á nuestro siglo, que de nada se asombra, con la elevacion de sus ideas, con la profundidad de su crítica y con riqueza inmensa de sus noticias históricas; Modestino, privilegiada inteligen-



cia que en medio de los inmensos rebaños de esclavos que herian su vista, y de los repetidos divorcios que diariamente llegaban á sus oídos, definía la esclavitud *constitutio contra naturam* y el matrimonio *consortium omnis vitæ*; y Marcelo y Pomponio; y Africano; y Scévola, y por fin Emilio Papiniano, el príncipe de los Jurisconsultos; elevada inteligencia que mereció que los emperadores le dirigieran desde su solio los epítetos mas lisongeros y fastuosos; privilegiado génio cuya autoridad consiguió sobrepujar la de todos esos tan célebres Jurisconsultos, cuyas opiniones eran leyes y cuyos libros verdaderos códigos; bella y acabada personificación de la misión del Jurisconsulto que, fiel á los sentimientos de justicia que tantas veces habian inspirado su mente y conmovido su corazón, prefirió perder una vida que tan hermosa debía serle en un mundo que tanto le respetaba y aplaudía, á prostituir su talento haciendo la apología del crimen de fratricidio con que Caracalla habia manchado sus manos y su púrpura.

Dilátase el ánimo dulcemente y se llena de asombro al ver á esas inspiradas inteligencias levantar con solo su palabra ese grandioso templo en que el derecho y la justicia tienen magnífico altar, y en que la debilidad de la muger, la desventura del esclavo, la misera condicion del hijo, la humanidad entera, en fin, encuentra consolador amparo é inmensas esperanzas que le muestran un día no lejano de completa ventura y duradero bienestar. Y nuestro asombro crece, y nuestra mente se extravía si no viéramos en ello la mano sabia de la Providencia, al observar que cuando esas bellísimas figuras aparecen en la historia de Roma, inundando el imperio con la luz de su sabiduría, ostentando en sus escritos la mayor galanura en el estilo, la mayor elevación en los pensamientos, es precisamente cuando los poetas han roto ya sus líras, cuando los hombres de ciencia han enmudecido, cuando los sofistas han bastardeado la filosofía, cuando la superstición y la ignorancia se han apoderado de todos los espíritus y de toda aquella decrepita sociedad. Pero el imperio existía para realizar en el mundo la idea de humanidad por medio del derecho, y la Providencia, después de recoger todas aquellas ciencias y enseñanzas que los ciudadanos romanos despreciaban poseídos de superstición y de sed insaciable de placeres, las depositó en la mente de unos pocos á quienes quiso confiar el sacerdocio de la nueva idea que habia arrojado

al mundo; iluminó sus inteligencias con estraña claridad, inspiró su palabra con divino fuego, y de los labios de los Jurisconsultos derramáronse abundantes raudales de una ciencia sublime que proclamaba la emancipación del hombre en el hogar para alcanzar mas tarde su libertad en todas las esferas. La Providencia en aquellos siglos, como en todos, colocó los hechos para servir á la idea é imprimió á la inteligencia humana la única dirección que convenia á ese maravilloso plan y misteriosas leyes que al través del tiempo y del espacio conducen al hombre hácia su perfeccionamiento y hácia la plenitud de su sér.

He concluido, Excmo. Sr. Cuando la jurisprudencia romana proclama por los labios de Modestino que el hombre por naturaleza es libre y que el matrimonio por su esencia es indisoluble, ha pronunciado su última palabra; después de tan magnífica y atrevida protesta contra la esclavitud y el divorcio, horribles cánceres que devoraban el mundo antiguo, como si con ella hubiese agotado todas sus fuerzas, enmudece de repente y apenas dá señales de existencia: y entonces el cristianismo, que, merced á la conversión de Constantino, no es ya el culto perseguido que se ocultaba en las Catacumbas y que solo abandonaba éstas para verter su sangre en el martirio, sino que tiene templos, celebra concilios, difunde libremente sus predicaciones, reina en todas las almas y tiene un trono junto al del emperador, se posesiona también de la ley romana, porque ésta es la ley del mundo que ha venido á regenerar, y á la sombra de sus máximas de caridad y amor, la muger respira nueva atmósfera y conquista nuevos derechos, el padre gana en el afecto de sus hijos y en el aplauso de la historia todo lo que de su antigua y despótica autoridad va perdiendo, el esclavo se acerca mas y mas al día de su emancipación, y el derecho romano, cuando sale de las manos de Justiniano que reduce á leyes todos los progresos que al Evangelio debe la familia, es precioso monumento que el tiempo no vence, que los mayores cataclismos respetan, que las naciones admiran, que los legisladores copian, que la ciencia llama *razon escrita* y que el universo entero saluda alborozado, lleno de gratitud, todos los días, porque en él reconoce la benéfica mano que inició y llevó á cabo la emancipación del individuo en la familia. Pero en medio de ese entusiasmo de siglos y de pueblos, en medio del que nosotros debemos también sentir hácia esa sublime religion de Jesús que tantos consuelos



tiene para nuestra alma, y tan poderoso impulso ha dado á la civilizacion, no debemos, no, olvidar, Excmo. Sr., que los Césares con sus repetidas leyes y los Jurisconsultos con sus bellísimas sentencias, fueron los que prepararon la legislacion de Roma á recibir ese espíritu cristiano que á tal grado de grandeza y de influencia sobre el mundo le había de elevar; que el imperio en medio de los horrendos crímenes con que la historia le señala, ofreció paternal amparo en sus leyes á todos los débiles, á todos los desgraciados, y que el Jurisconsulto, en fin, entre las tinieblas y abusos de la ciencia y de la sociedad paganas, proclamó la indisolubilidad del matrimonio, lanzó su anatema contra la esclavitud, consoló á la mujer, llamó dulce y piadosa á la autoridad del padre, y declaró por fin que sobre las instituciones de los pueblos y sobre la letra de los códigos había unos preceptos que todos debían obedecer, por cuyo triunfo en el mundo todos debían trabajar, y que estos preceptos eran los de la ley natural, los de la ley de Dios. He dicho.

### Variedades.

Ha muerto nuestro amigo y compañero Don José Navarro Veteta, que hace tiempo desempeñaba una de la relatorías de la Escelentísima Audiencia del Territorio en sustitucion de su propietario. Su prematura muerte ha sido muy sentida por las cualidades que le adornaban y le hacían apreciable, y por el desamparo en que deja á varios hijos.

Nuestro apreciado amigo y compañero Don Manuel Ponce y Vila, abogado fiscal tercero de esta Excma. Audiencia ha sido trasladado á la de Barcelona por permuta con el de igual clase Don José Martínez Montes, que viene á ocupar la plaza de aquel.

**Bibliografía.**—ENCICLOPEDIA ESPAÑOLA DE DERECHO Y ADMINISTRACION: *Nuevo Teatro Universal de la Legislacion de España é Indias*, obra que escribe y publica el Excmo. Sr. D. Lorenzo Arrazola, presidente del Tribunal Supremo de Justicia; con la colaboracion de los señores D. Pedro Gomez de la Serna, D. Joaquín

José Casaus, D. Fernando Alvarez, D. José de Mesa, D. Joaquín Aguirre, D. José María Fernandez de la Hoz, D. Cirilo Alvarez Martinez, D. Vicente Hernandez de la Rua y D. José María Manresa y Navarro.

Se ha repartido la entrega 90 de esta importante obra de estudio y de consulta, y va á publicarse la 91, que es la 1.<sup>a</sup> del tomo 10. Sigue abierta la suscripcion á los precios establecidos de 10 rs. cada entrega, franca de porte, pagando en la *Administracion central de Madrid*, y 12 en los corresponsales de provincia.

Deseando la empresa facilitar la adquisicion de la obra sin que los nuevos suscritores hagan desde luego el desembolso del precio de los ocho tomos publicados, admite nuevas suscripciones, satisfaciendo los suscritores 40 rs. mensuales en Madrid, y 50 en provincias, á cuenta y hasta completar el importe de dichos siete tomos, y además lo correspondiente á las entregas que se vayan publicando, como se ha hecho hasta aquí.—Al nuevo suscriptor que pague en el acto de suscribirse todo lo que va publicado de la obra, y adelante el importe de seis entregas por lo menos, se le hará la rebaja de un 20 por 100 del valor de los ocho tomos publicados, *si los paga de una y los recibe en la administracion central, de modo que sea de su cargo la responsabilidad y gastos del transporte*; y de un 15 por 100 *si los paga en dicha administracion al tiempo de suscribirse, y queda la remesa á cargo de la misma*. Esta rebaja se concede como premio del desembolso que se hace de una vez, y en consideracion á que los antiguos suscritores han ido satisfaciendo paulatina y casi insensiblemente el precio de la obra. Bajo ningun concepto se concederá otra rebaja.

**PUNTOS DE SUSCRICION.**—En la *Administracion central de la Enciclopedia*, calle de la Espada, núm. 4, cuarto principal de la izquierda, en MADRID, adonde se dirigirá la correspondencia franca de porte; y en las principales librerías del reino y del extranjero.

Por la seccion de variedades y por lo no firmado:

Antonio Ballester.

EDITOR RESPONSABLE, Lic.<sup>do</sup> D. José Marco.

Valencia: Imprenta de José Rius, plaza de San Jorge.—1858.